

3.º Nómbrase una Comisión compuesta de los Sres. Colegial Dr. D. Nicolás Esguerra, ex-Rector del Colegio; D. José Manuel Marroquín, Rector y Patrono que fue del mismo Instituto, y Colegial Dr. D. Rafael M. Carrasquilla, Rector en ejercicio. Dicha comisión queda encargada de la recaudación de los fondos y de la ejecución de la obra.

4.º Ella misma nombrará, de entre los hijos del Colegio, un Secretario y un Tesorero, quien rendirá sus cuentas á la Consiliatura.

Dado en Bogotá, á 2 de Marzo de 1906.

RAFAEL M. CARRASQUILLA—José I. TRUJILLO—
CARLOS UCRÓS—LIBORIO ZERDA—*Luis F. Luque*, Secretario.

Afrodita y Quo Vadis

(A Narciso Barrera con fraternal cariño)

I

Ya quedó cerrada la lucha que se libró en el campo literario entre las escuelas clásica y romántica; la crítica ha discriminado las respectivas cualidades, y deja en favor de la primera el respeto á las leyes de la naturaleza, el estilo depurado y selecto, el cultivo de la dicción; y reconoce en la otra que abrió nuevo horizonte á las manifestaciones artísticas hasta el extremo de influir en las costumbres sociales; que encendió una fantasía tan brillante, con tal atrevimiento, que rayó en la locura. Hoy, en cambio, comparan los gustos dos tendencias conocidas con los nombres de realismo y naturalismo; aquél exige que se presente todo lo que ocurre en la naturaleza y en la vida, sin idealización peculiar, pero que se procure presentar hábil y adecuadamente, con arte y buen gusto de forma; éste avanza aún más y buscando los efectos fuertes, los que conmueven con crueldad y horror, hace resaltar los casos excepcionales y aberrantes, sin dejar de ofrecer los crímenes, extra-

vagancias y manías patológicas, con la desnudez usada en una sala de cirujanos y la minuciosidad de una investigación en una oficina de policía; gusta de que toda llaga, aunque mane sangre, sea palpada sin preocuparse del martirio sufrido por el sentimiento del lector, convencido que los casos existen, aunque duda si la humanidad desciende tanto así en la escala moral.

Apareció hace pocos años con las condiciones naturalistas la novela *Afrodita*, escrita por un joven en la flor de la edad, Pierre Louÿs, adorador de los tiempos paganos en lo que admitían de desnudez y sensualidad: libres costumbres que defienden en el prólogo. Admiramos como el que más, el talento de los antiguos griegos y la belleza franca que todas sus obras ostentaron, pero nunca llegamos á ver como permanentes y ventajosas las épocas de decadencia social, precisamente de decadencia, en que la lascivia se extiende como una ola por calles y plazas, y en que se corroe una sociedad como la carne gangrenada; la honradez más elemental se aparta y se rebela. Para tornar á tiempos paganos tendríamos que vencer la influencia benéfica cristiana, restablecer la división que el nacimiento ó la fortuna marca en dos gremios con honda separación: la de esclavos que sólo servían para el placer y la riqueza de sus dueños, y la de nobles que sólo se imponían la única tarea de inventar nuevos y monstruosos refinamientos en los vicios; hemos andado mucho para desear que lleguen á ser inútiles los múltiples esfuerzos, muchos conquistados con sudor y sangre de la humanidad, para obtener los derechos y beneficios de los habitantes actuales de cualquier país civilizado.

El libro es la historia de una cortesana de Alejandría, en quien se mezclan las elaciones de un espíritu en busca de otro espíritu, los anhelos de lo sutil y desconocido con los desórdenes carnales; es el desborde entre las riquezas, las joyas y el lujo sibarita; allí no dejan rastro ninguno el tedio de la vida, los remordimientos de aceradas garras,

las envenenadas enfermedades, que todo esto es la retribución de los grandes placeres.

Puesta aparte la forma, que no es otra cosa sino la limpidez del estilo y la melodía de la dicción, repugna admitir las escenas naturalistas como el *summum* del mérito literario; *el Arte es perfección*, y si se presentan los casos repulsivos de la vida diaria y los cuadros que encanallan, tan sólo añadiremos una unidad más al acervo de amarguras que pesan sobre la existencia; bástanos contemplar demasiadas vulgaridades para anhelar otros aires, distintos espectáculos, que nos dejen consuelo y amoroso recuerdo, que hagan elevar el criterio no como una enseñanza impuesta sino por la dulzura de una aura bienhechora.

La acción sucede en Alejandría de Egipto, la metrópoli edificada en la más hermosa topografía, cual si defendiese su preponderancia comercial al través de los tiempos; á la ribera del Nilo estaba circuida por el *Sinus Arábicus* y el Mediterráneo, donde las máquinas modernas cortaron el mundo por el Canal de Suez, á la derecha con acceso á Jerusalén y más allá hasta Babilonia; á la vista de Chipre y Malta como centinelas de su guardia, por la izquierda las dos costas fronterizas de Europa y el Africa, cerraban en las columnas de Hércules el orbe conocido; la tierra útil puesta al servicio de una ciudad. Los habitantes tenían por inclinación espontánea que ser traficantes y recibir como únicos depositarios, con una mano los productos del Oriente para trocarlos con la otra por los granos y vinos de la costa mediterránea; las industrias, las producciones naturales, el lujo, la corrupción á porfía enviaban al emporio cuanto pudiera ser objeto de ganancia; en sus calles hormigueaba un millón de habitantes, se adoraban todos los dioses por sus nativos adeptos, y se escuchaban en sus mercados mil dialectos de diversas procedencias. Para sus viajes al alto Egipto recorrían la ardiente arena las caravanas dominadas por la mole esbelta de los camellos, los cuales con su cuello erguido aspiraban el aire;

su hocico tendido adelante, el ojo inspeccionaba al par de la oreja la más leve señal del tormentoso simún, ó adivinaba el verdor de las palmeras en el lejano oasis; las pesuñas hundidas en el polvo, hacían esfuerzo para levantar ágiles las mercaderías que reposaban en sus lomos; las naves de ese mar de fuego así llegaban á las calles de Alejandría.

Al mismo tiempo arribaban al puerto los bajeles del Océano; á impulsos de velas y remos recorrieron de un pueblo á otro, hasta el mar gaditano y dejaron en Cádiz los templos del dios Melcarte; sin aventurarse imprudentemente mar adentro, dejaron larga fila de colonias á fin de que sirviesen de estaciones de tráfico; todos los productos aun de lejanas y maravillosas tierras les eran favoritos: la canela y especias de la India, el oro de la Siberia actual, las telas de Babilonia; conseguían los corales en Malta y la seda en Arabia; trigos enviaba el Africa del Norte y plata España, aceites Roma, de Grecia llegaban preceptores y hombres de ciencia, siervos sabedores de muchas cosas: plegar las togas, poner los afeites en los rostros de sus amos, manejar los jardines y mil otros menesteres domésticos. El vidrio era fundido allí en sus propias fábricas.

Como una guía para dirigir á las embarcaciones, señoreaba la ciudad el famoso faro, cuyos resplandores brillaban á gran distancia como los ojos de un amigo vigilante.

El espíritu mercantil desarrolló en ellos el engaño y la astucia en provecho de su ganancia; cuando llegaban á una ciudad de Grecia, y rodeados por una familia ávida de curiosidad hacia sus huéspedes, extendían sus géneros de fantasía y narraban exagerando los peligros que habían desafiado para obtenerlos; contaban que las especias las cultivaban en selvas inaccesibles, y las piedras finas en grutas habitadas por serpientes; y al tiempo espían y escogían á la más bella de las hijas, con el objeto de llevarla por engaño ó por fuerza como esclava á los disolutos jóvenes alejandrinos.

Tuvieron igualmente hombres de ciencia y eruditos; fundaron el Museo y la Biblioteca que llegó á contener hasta 300,000 volúmenes, consumida más tarde por la llama de los musulmanes; dejaron copias peregrinas de las obras antiguas trazadas por escribanos y dibujantes empleados por el Estado; pero su doctrina no formó un conjunto sólido y profundo, con sello nacional, sino datos de pormenor y de sutilezas filosóficas y de otras ciencias humanas. Era el espíritu de mercantilismo aplicado al terreno científico.

No poseyeron las tendencias militares, pero en su mismo adelanto introdujeron los enemigos que habrían de enervarlos: las riquezas, las mujeres y el lujo que llevaron la corrupción á todos los gremios sociales; bajó al pueblo y lo debilitó, subió á los salones reales, y las Berenices, antes respetables esposas de los Tolomeos, vinieron á ser las primeras entre las cortesanas. Fue una de esas épocas livianas marcadas por la Escritura, cuando predice que no se hallará en el campo de la virtud ni un solo hombre, ni uno solo.

Ezequiel, el profeta, dice de toda aquella comarca que "nadaba en riqueza"; y Diodoro de Sicilia y Dion Casio ponderan su población cosmopolita y su extendido movimiento comercial.

De la sociedad de Alejandría, caracterizada por tantos abundantes elementos, no queda huella precisa en *Afrodita*, sino únicamente el soplo sensual; Louÿs es semejante al grabador que dejando casi oscuros los rasgos del dibujo y sin matices las tintas, muestra el conjunto bajo un manto nebuloso é ilimitado en los contornos, y con sólo un color barniza toda la pintura. En el mundo moral la intención es la antorcha que ilumina el alma; cuando uno estudia la desnudez en los anfiteatros de disección no hay otra guía ni otro pensamiento distintos del interés médico; pero hay otra contemplación de la desnudez por saciedad lúbrica: ésta es el análisis del autor de *Afrodita*.

Aquí se puede plantear un problema de estética : ¿ los artistas forman el criterio de la sociedad en que viven ó al revés ellos mismos son un resultado de la sociedad? La influencia es mutua, pero la corriente decisiva es la segunda, y el artista cuando posee condiciones poderosas es el fruto del medio ambiente como una flor resulta de la savia vivificadora de toda la planta ; sólo un genio colosal conmueve la época en un sentido determinado, un Dante ó Miguel Angel en tiempos lejanos, ó un Víctor Hugo aunque en un grado un poco menor ; las más de las veces en el choque de fuerzas encontradas el escritor, el músico, el inspirado, cualquiera que sea su procedimiento técnico, es triturado por el carro social. Las obras de una nación armónica en sus componentes resultarán maduras, las de un país desequilibrado serán ya débiles, ya extravagantes y sin proporción. El autor, como todo hombre, tiene que ser responsable de sus producciones.

La antigüedad respetaba también el pudor, porque los hombres, aun en días de extravíos, no pueden volver la espalda á las nociones más indispensables de moral ; Homero dice que las respetadas casas del rey enemigo de los helenos, Príamo, estaban habitadas por las castas esposas de los príncipes troyanos, y en todos los clásicos hallamos el respeto á las matronas venerables por su virtud ; la secta filosófica de los neoplatónicos, que fueron espiritualistas, tuvo origen en la misma Alejandría ; y el espíritu cristiano del siglo II al IV fue purificando la inmensa cisterna de fango, y á trueque de un reguero prolífico de su propia sangre, preparó el ambiente de equidad y respeto de que hoy se ufanan los pueblos modernos.

El atractivo del libro está en el estilo diáfano, brillante como un espejo, bruñido como una plancha de mármol ; se ve que el escritor ha estudiado á los griegos, como lo hacen D'Annunzio y los demás que quieren conquistar su puesto con el estudio y la observación, no con un atrevimiento audaz. Hay dos cuadritos descriptivos de rara seducción :

una lluvia desprendida de una nube violácea y un crepúsculo matutino que funde en una sola paleta abigarrada los numerosos colores del iris ; es una acuarela bosquejada con luz de aurora. Aparece pobremente descrita la aglomeración de las gentes para tomar noticias de los crímenes descubiertos y de las joyas robadas á la diosa tutelar, cuando es un motivo á propósito para que luciera su mérito el pincel de un pintor de escenas públicas.

La impresión que dejan las páginas recorridas es rara, sutil y malsana ; se ve que las ideas han sido traídas por un cerebro cuyos neuronas funcionaran de una manera anormal ; si toda la vida no tuviera sino un objeto libidinoso, si los impulsos torpes llenaran todas las horas y dominaran á todos los gremios, si las poblaciones fueran inmensos lupanares, no merecería la humanidad sino un desprecio grande, y no quedaría para el espíritu agobiado sino una tristeza inextinguible.

II

Pocos años antes de que el repertorio literario poseyera á *Afrodita*, apareció una obra con el título extraño de *Quo Vadis*, cuya fama apenas conocida se extendió con suma rapidez ; los idiomas latinos, los anglosajones y los eslavos la tradujeron en abundantes ediciones, de tal modo que hoy es uno de aquellos libros que logran ganar fortuna y que toda persona culta, que vaya con los sucesos del día, tiene obligación de conocer.

Su autor es un polaco, Henrique Sienkiewicz, cuyas simpáticas facciones han sido popularizadas por los retratos que lo representan : la cabeza trazada como una cúpula bajo la cual se han preparado tantos ideales escogidos ; luégo se desprende el óvalo largo y fino, carácter de las razas eslavas ; la frente contraída hacia el centro, como es propio de las gentes intelectuales en quienes el pensamiento ha sido constante y familiar compañero ; bigote y barba nazarenos ; las pupilas cargadas por una tristeza profunda,

la tristeza de los que sienten sobre sí y sobre sus compatriotas un poder que oprime y se hace temer; tristeza que se observa en los escritos de Nicolás Gogol y de León Tolstoi, melancolía que, no pudiendo ser vengada por el verbo airado de los literatos, lo fue en parte, en la reciente lucha, á la faz del mundo, por la diligencia y el valor del pueblo japonés.

Sienkiewicz ha viajado mucho, y ha acumulado en su espíritu gran copia de ciencia que deja ver al través de su estilo cuando quiere reseñar un país extraño ó una etapa de la Historia. Sus conterráneos le han mostrado su simpatía ofreciéndole un castillo, adquirido por suscripción popular, en cuyos muros están interpretadas por hábiles pinceles las grandiosas escenas de *Quo Vadis*; han querido sus paisanos que el autor y su familia vieran allí, en la casa que habitan, un dón del reconocimiento público por haber acrecentado de un modo imperecedero la gloria nacional.

La novela polaca pertenece al grupo realista, pues admite la vida tal cual es, con sus dramas tremendos y al lado sus escenas cómicas; lo tierno y lo amargo, el dolor y el placer en un lazo retorcido; no ve el mundo como una fantasía extravagante que nos deja la impresión inverosímil de una pesadilla, y que con cierta incrédula vacilación corregimos diciendo: si esto no puede acontecer; no; la novela actual aprovecha todo elemento, lo grande y lo minúsculo para sacar el mejor efecto posible; el arte entonces estriba en la selección de cada cuadro, de cada diálogo, en el resalte de todo pormenor. Además, el estilo es como la propiedad de cada autor, y hace ver transfiguradas las cosas al través de una lente individual; quien lo haya conquistado ha hecho una hermosa adquisición; por fin, la corteza exterior del lenguaje ha de ir arreglada y dirigida, como todas las notas de una orquesta, por [numerosas que sean, obedecen á las inspiraciones del compositor de música; ¡cuántos materiales estéticos puestos á órdenes de un verdadero talento!

La novela de nuestros días, al par del drama y de cualesquiera trabajos que presenten al hombre en actividad, se complace no ya en lo que aparece á todas las miradas, sino en los sentimientos más íntimos, en las evoluciones psicológicas que se desarrollan muy hondo, en las emociones que es menester adivinar bajo la cubierta bruta de las apariencias: así las luchas celosas de Otello que acuchillan en lo interior; los idilios tiernos y espirituales; las miradas apenas desprendidas de unos ojos pudorosos; los anhelos en persecución de una felicidad inasequible; los delitos que hierven hasta estallar en un alma vengativa; las víctimas del remordimiento; la fe que, á semejanza de una encendida lamparilla, sostiene á un pecho desamparado; el sacrificio silencioso conocido sólo de Dios, hé aquí los vastos horizontes donde extiende su dominio el arte moderno; quedaron atrás las novelas basadas solamente en un enredo burdo.

El arte nuevo añade un mérito más: saca de las cosas inertes la conveniente interpretación, de suerte que los objetos del universo visible sean compañeros y testigos de las acciones humanas; formen entre todas el himno de la naturaleza; D'Annunzio hace expresar al oro con su brillo y su reflejo mil frases hermosas; y así el cielo, y las linfas del río, y el movimiento de las nubes, y los crepúsculos del alba y de la tarde:

*No hay murmullo, ni rumor, ni acento,
en tierra, mar y viento,
que en himno universal no forme coro;*

los seres se muestran á todas las miradas, pero al artista saben decir cosas deliciosas, al paso que el vulgo no acertá á encontrar sino materia bruta. La naturaleza desempeña igual papel que la decoración artificial de la ópera, la cual completa y refuerza los efectos convergentes de la música, los vestidos y los coros.

No pudo buscar Sienkiewicz época más interesante para teatro de *Quo Vadis*, pues entonces se derrumbó

una civilización y apareció el mundo renovado; fue uno de aquellos períodos en que lo existente cambia de rumbo y los espíritus quedan conmovidos, y las ideas mezcladas, hasta que viene la calma á colocar cada cosa en su lugar, pasado el cataclismo. La Historia está forzada á presentarnos los hechos como en realidad pasaron, con la fidelidad de una fotografía, como un guía que nos conduce por las sendas de un cementerio; la novela histórica nos acerca la época y la vivifica, añade lo que ha de retocar las tintas y refrescar los recuerdos; no está sometida á programa temático ni le es vedado escoger ciertos pormenores brillantes dejando otros en el olvido, no tiene sino una norma: no contradecir el *espíritu* de la época. La Historia trabaja como el botánico que estudia una flor, separa los pétalos y las partes restantes, todas las examina minuciosamente, las clasifica, las compara, y no describe sino lo que va analizando; la novela es como una florista, que con esas mismas flores acomoda con hábiles manos un ramillete donde mezcla las formas y matices y atiende ante todo á la lindura del conjunto.

En aquellos tiempos el Imperio Romano se acercaba á la agonía; sus reyes ineptos que no habían subido por la superioridad del ánimo ó los servicios á la República, sino por ambición ó por aventuras palaciegas, no acertaban á regir con sabiduría una nación cuyos límites se dilataban por cuanto era la extensión de la tierra conocida; á unos gobernantes sucedían otros presentados por el asesinato y la rebelión; el mayor criminal era el Divus Imperator, y la razón de Estado el saqueo ó la lascivia. Las provincias trabajaban, cultivaban y sufrían vejámenes para alcanzar á pagar los insaciables festines de los patricios romanos; éstos eran hijos de los dioses, de estirpe sagrada, y los esclavos no podían disfrutar ni de la existencia misma. El populacho en la metrópoli no exigía, para no mostrarse en asonadas, sino víveres y diversiones de sangre, concedidas siempre para ahorrar la suya los mandatarios. Al rededor

iban estrechando el cerco los bárbaros, brotes de una raza hirsuta y vigorosa, quienes al cabo ocupaban el vacío que los vicios cavaban en el Imperio, y en poco tiempo habrían de triturar bajo sus plantas á los odiados dominadores que ahora eran incapaces para defenderse.

El novelista pone en boca del griego Chilón, á tiempo del incendio, un monólogo lleno de ironía, sobre la dominación romana: "Arde, arde la ciudad. Bien pronto su último vestigio habrá desaparecido de la faz de la tierra. Ahora, pues, ¿á dónde enviará el universo su trigo, su aceite, su escogida moneda? ¿Quién, pues, le arrancará oro y lágrimas? Oh Zeus, Roma era el pastor y los demás pueblos el rebaño. Cuando el pastor tenía hambre, degollaba una de sus ovejas, comía la carne, y á ti ofrecía, Padre de los dioses, la piel. ¿Quién, pues, degollará ahora? ¿En manos de quién entregarás el látigo del pastor?"

Así conocemos la gran Capital del universo; entramos al Foro entre la muchedumbre de extranjeros y ciudadanos para averiguar las novedades del día: las últimas órdenes del Emperador, el éxito de las campañas en Oriente, la llegada del grano de Egipto, ó los comentarios sobre la corpulencia ó la bravura de las fieras para los próximos juegos. En aquella plaza se mezclaban todos los vestidos: la toga nacional junto á los peplos griegos y á los brillantes cascos y bruñidas corazas de los militares en servicio; se veía á los hombres notables y á las mujeres favoritas de la corte por su belleza y sus intrigas; á cada instante se apartaban los corros para dejar paso á las literas de los nobles tribunos. Viajamos por las anchas carreteras, pavimentadas con gruesas piedras, orladas á uno y otro lado por sepulcros numerosos que pedían en sus inscripciones al viandante un recuerdo á la memoria de los muertos; paseamos por nefandos suburbios; entrámos á los baños atestados de estatuas, profusión y riquezas; llegámos al Circo, personificación característica de Roma, liso, terso en su suelo de arena y en sus muros de mármol, cubierto

por el velarium de seda, bajo el cual se abrigaban las víctimas y los espectadores, tembloroso al contacto de la brisa. Toda la antigüedad está allí, tanto en sus lados sangrientos cuanto en los amables y dignos de estimación: con todo el arte pagano de formas selectas y exquisitas; con el amor del pueblo á las águilas imperiales de acerado pico. É insaciable rapiña, que les engañaba hasta el punto de creer eterna la preponderancia, cuando en verdad se derrumbaban los cimientos con estrépito vertiginoso.

Sin embargo, el recinto de Roma ocultaba el germen de una doctrina nueva venida, como el sol, desde el oriente; no tenían sus adeptos otras armas que una ardiente fe en las palabras de su Jefe y Pastor que había tornado al cielo; se veían en sus reuniones tímidas y primorosas doncellas cuya alma inocente brillaba en un cuerpo delicado; veteranos del ejército con heridas ganadas en lejanas comarcas; los nobles, junto á los trabajadores de la Suburra, venían al empezar la noche á orar en grutas socavadas bajo la tierra; iban durante el día á llevar á sus hermanos las limosnas y á curar á los enfermos; proclamaban la caridad, esto es, el amor como fundamento de su creencia; á los hijos de los dioses oponían el que todos, así bárbaros como romanos, provenían de un Dios, único, bondadoso y terrible; que los hombres, si bien se distinguen por capacidades y oficios diversos, debían estar vinculados por el perdón y la misericordia; decían á los potentados que ellos y los menestrales y los labradores y el Emperador tenían igual precio como almas redimidas; y que después de apagarse la luz de la vida se daba cuenta, en un lugar eterno, ante un Juez de exacta sabiduría, hasta del mínimo denario. Qué doctrina! jamás oída; tan austera que hace temblar, y no obstante tan generosa y consoladora.

El tema ya había sido tratado antes por la intemperante imaginación de Chateaubriand en *Los Mártires*, y por el Cardenal Wiseman en *Fabiola*; pero á ambos supera *Quo Vadis*; al paso que los dos primeros hacen un relato pia-

doso y dulzarrón, el polaco tiene una prenda de originalidad: el sello exclusivamente artístico; es bello porque escoge cuadros selectos de la humanidad, prescindiendo de toda máquina extraña y acomodaticia, esculpe figuras esculturales, forja diálogos excelentes, y arregla todo el desarrollo con un talento que bien corresponde á la fama adquirida; en suma, trae todos los elementos, hace que refuercen su valor y converjan á un solo efecto poderoso.

Siempre los períodos de agitadas convulsiones han sido á propósito para dejar conqcer el mérito de los caracteres; y en efecto, en la novela que estudiamos los hay muy variados, como en una galería folográfica cada retrato lleva su fisonomía y actitud peculiares: Petronio es el varón elegante que así atiende á los nimios pliegues de su túnica como al gracejo de la conversación; el político de tacto fino y eficaz; el amigo leal, generoso, noble de carácter, que gusta de la holgura en su casa y prefiere á todo la estética en vida y en muerte, la estética que le veda ser cruel y le hace amar del pueblo y de los reyes. Es el tipo que se encuentra dondequiera que haya riqueza y elegancia: en Roma y Atenas antiguas, y hoy en París y Viena, Bogotá y Buenosaires.

Vinicio tiene la decisión y violencia del romano puro, del veterano habituado á no admitir oposición, valiente sí por toda buena causa al modo del Cid; adora á Ligia; cuando la pierde necesita tenerla aunque sea para matarla; cuando torna á hallarla duda de que su afecto sea correspondido, teme perderla de cerca, odia á los cristianos porque los considera hostiles á su pasión; pero más tarde los observa de nuevo y recibe su hospitalidad, y aquel gran carácter, reconociendo la injusticia de sus preocupaciones, se trueca en seguidor del Nazareno con el ardor mismo con que antes lo persiguió.

Luégo viene Ligia, la encantadora Ligia, grácil azucena arrojada al vendaval, aroma de un jardín; de su cuna real es trasladada á Roma en calidad de rehén que simbo-

lice la obediencia de su pueblo; añade á un cuerpo de divina belleza la candidez de un niño, y para que nada faltase á hacerla adorable, ciñó también la auréola de la desdicha: sufre persecuciones que ella en su edad no acierta á comprender ni sabe por qué se ve forzada á padecer tanto dolor. Esta figura vivirá y ocupará puesto inmortal al lado de sus hermanas Julieta, Beatriz y María. Su vida es una serie de escenas idílicas, llenas de filigranas exquisitas: ya se la contemple jugando con un niño en el jardín de sus padres adoptivos, radiante de alegría infantil; ya se desmaye en el festín de Palacio—vestida de fiesta para asistir á su agonía—al mirar por primera vez la bacanal y perder el aliento bajo el grosero peso de los brutales espectáculos. Vinicio y Ligia están en un jardín donde se abandonan á las más dulces conversaciones: “se callaron de nuevo, pues el amor cortaba el aliento de sus pechos. Ligia estaba apoyada en el ciprés; su blanca figura se destacaba en la sombra como una flor; sus ojos estaban inclinados y su garganta se levantaba más frecuentemente, en tanto que Vinicio palidecía y sus facciones se alteraban. En el silencio del medio día oían los latidos de sus corazones, y en su embriaguez mutua, el ciprés, los ramos de mirto y el estante se habían transformado para ellos en jardín de amor. Pero Miriam se asomó á la puerta y los invitó á participar de la comida. Tomaron puesto entre los Apóstoles, que los miraban con transporte, viendo en ellos la nueva generación que, después de su muerte, continuaría sembrando el grano de su doctrina.”

En otra ocasión se entregan á los mismos ensueños de amor:

“Él había apoyado sus labios en las manos de la joven. Por un momento no oyeron sino el ruido de su corazón. Ni una brisa, y los árboles callaban, inmóviles. De repente, el silencio fue interrumpido por un gruñido profundo, como si saliese de entre la tierra. Ligia tembló. —Son leones que rugen en los viveros, dice Vinicio. Pusieron aten-

ción. Al primer rugido respondió otro segundo, un tercero, un décimo.... Había en la ciudad varios millares de leones en los calabozos de las diferentes arenas, y por la noche venían á apoyar en las rejas los hocicos melancólicos. Era la nostalgia del desierto y de la libertad que los impulsaba en este momento. y, las voces al responderse en la noche silenciosa, llenaba de rugidos la ciudad. Ligia escuchaba estas voces con el corazón oprimido por un terror imaginario. Vinicio la rodeó con sus brazos. Y se fueron acompañados por los rugidos más y más formidables de las bestias.”

Chilón representa el adúlador que se sirve de su ingenio para introducirse en las familias, y por medio de invenciones ganar su vida trabajosamente: es uno de tantos griegos que llegaban á la capital en busca de pan y de aventuras. La energía de Crispo no lo abandona ni en medio del tormento, porque al expirar en la cruz al frente de Nerón, echa en cara al matricida la sangre abundante de las víctimas; Pedro es siempre misericordioso para con los demás como el Salvador lo fue con él, y Pablo de Tarso no tiene sino una sola tema: que el Evangelio es amor, y que el amor solamente salva y vivifica. Un gigante bárbaro, el simpático Urso, posee un corazón de paloma, tan pusilánime que vive ocupado en los quehaceres domésticos, excepto en un caso: si alguien intenta ofender á Ligia, fuese el más poderoso y fuerte, se lanza airado, con su gran cordulencia y su sangre ardiente, á mostrar que es capaz de vencer á las fieras de las montañas, y triturar como aristas, los huesos del desgraciado que ose desafiarlo. En ocasiones aquel espíritu espontáneamente bueno, siente la nostalgia de sus bosques, y si no fuera por su adhesión á la princesa, huyendo de Roma tornaría á respirar sus nativos aires germanos.

Sobre Nerón generalmente se tiene la idea de un loco furioso, que obraba arrastrado por rápidos impulsos; aquí lo vemos como fue en verdad, frío, solapado, reflexivo para

buscar los caminos seguros, á fin de alcanzar las víctimas y aparecer sin culpa; ante él se acusaban entre sí los cortesanos con el recelo y el odio mutuo que suelen ser el patrimonio de las camarillas palaciegas, y le engañaban con lo que el monarca anhelaba: hacíanle creer que más grande actor y citarista hasta entonces no había visto la tierra.

El motivo de la obra es muy sencillo: el amor ternísimo de dos jóvenes hermosos; Vinicio pertenece á Palacio y está en relación con el mundo oficial; Ligia es cristiana y la aman con fervor sus correligionarios, se interesan por ella desde el Pontífice hasta los pescadores y labriegos; al rededor de los novios se mueve la red de acontecimientos; la familia imperial viaja y entretanto se incendia á Roma, y culpados injustamente los cristianos, se les condena una vez más á perecer en el circo, donde son, bajo los dientes de los leones, "como los trigos del Señor molidos."

Lunares no nos complaceremos en señalar; ¿qué importa una trasposición mejor, un retoque más cuidadoso en algún lugar, la falta de la carta de Ligia á Vinicio desde la prisión, lo cual habría sido un selecto tópico de la novela, si en cambio lo que vale, que es el conjunto, está allí bello, grandioso, radiante de luz y de talento!

Las impresiones que puede sentir el lector son muy variadas: la amistad cordialmente franca de Petronio y Vinicio; la selecta elegancia pagana; la repulsión á la Corte corrompida hasta la médula; la piedad para los infelices hacinados en las mazmorras; el pasaje patético de Glauco y Chilon, la víctima que perdona en la agonía y el culpable que siente por vez primera, pero de modo profundo, el acicate de los remordimientos; el horror, por fin, cuando en la tenebrosa selva de cruces la llama crepitante sube por los flancos de los crucificados, lame el cuello, consume la barba, y al olor de los perfumes consumidos á los pies va mezclado el de la grasa humana fundida y el de la resina de los maderos; el humo, ascendiendo en espiras blancas azuladas, ayudaba con la asfixia á la cruel agonía de los organismos martirizados.

Y hay tres trozos que nos parecen clásicos, es decir, modelo de perfección que pueden ser presentados con razón como dechados á las clases escolares; que son adquiridos en una literatura como piezas destinadas á formar parte de las antologías, que se citan como prueba de la inmortalidad de un escritor: tales son el paseo marino y la bacanal con que termina, donde hay lujo de colorido; el viaje á Ancio, descrito con fantasía y movimiento; la lucha de Urso y el uro salvaje: encontradas las dos fuerzas, los músculos de ambos organismos se contraen y retuercen, las arterias irrigan cada vez más el rostro del gigante, el sudor se mezcla, entre los rugidos de la bestia se oyen los traquidos de los huesos tendidos, hasta que al fin el toro, subyugado por los férreos puños, desliga su mole exánime en el suelo entre olas de sangre purpúrea; sobre el lomo yace atada y lívida Ligia, la ruborosa princesa cristiana.

Puso Sienkiewicz cuidado sumo en los finales de ciertos capítulos, que cierra con maravilloso efecto, y que resuenan en nuestra memoria como las palabras últimas de un amigo, como las postreras notas de un armonioso concierto musical.

FRANCISCO DE P. BARRERA

Bogotá, Marzo de 1906.

EL MENDIGO

En la puerta de la catedral de San Juan de Lyon veíase hace tiempo un viejo mendigo que constantemente, hacía veinticinco años, iba á sentarse todos los días en el mismo sitio. Tan acostumbrados estaban los fieles á verle allí, que les parecía en cierto modo que formaba parte del ornato de la fachada de la santa basílica, como las estatuas de piedra encajadas en los nichos de la gótica portada.